



La película «Muerte en Roma» de George Pan Cosmatos (1974), narra la brutal represalia ejercida por las Policías nazi y fascista en venganza contra el atentado sufrido por una Compañía del Ejército alemán el 23 de marzo de 1944. Atentado que el film reconstruye así.

Venganza nazi en las Fosas Ardeatinas

LA valoración crítica de un film histórico plantea habitualmente un problema: el de que el peso de la realidad mostrada gravite con tanta fuerza sobre nosotros que impida una justa contemplación de su tratamiento cinematográfico. Especialmente si la película aborda un hecho cercano —por muy distintas causas— al espectador, será muy difícil que éste pueda distanciarse lo suficiente como para adoptar una postura similar a la mantenida cara a cualquier otra obra de ficción. Los tentáculos de la realidad le llegan a aprisionar de una forma que supera —o puede superar— los esquemas mentales con que viene funcionando ante la pantalla. Porque es el conocimiento de que «aquello es verdad» de que «las cosas pasaron realmente así», lo que se impone en la visión de un film de este tipo. La carga sobre su

subjetividad que ello supone es capaz, incluso, de mixtificar un juicio que, de saberse que la anécdota es inventada, quizá marchara por otros caminos.

Creo que esto es necesario plantearse al escribir sobre una película como «Muerte en Roma» («Rappresaglia», 1974), de George Pan Cosmatos, que narra los hechos que condujeron a la brutal matanza de las Fosas Ardeatinas. La naturaleza de lo que en ella se cuenta nos impresiona hasta tal punto que se hace casi imposible separar los propios sucesos de su formulación cinematográfica. Si nos atuviéramos exclusivamente a ésta, el film no pasaría de ser una obra mediana, incluso mal resuelta en cuanto a sus dos personajes principales —el coronel Kappler, jefe de la Policía alemana en Roma (in-

terpretado por Richard Burton); y el padre Antonelli, sacerdote «humanista» de ficción que encarna Marcello Mastroianni—, cuyo enfrentamiento ocupa el centro dialéctico de la obra. El griego Pan Cosmatos no va más allá de un hábil director que maneja con oficio aquellos medios que el productor Carlo Ponti puso en sus manos. De no haber «otra cosa», muy poco habría que añadir en la reseña de la película.

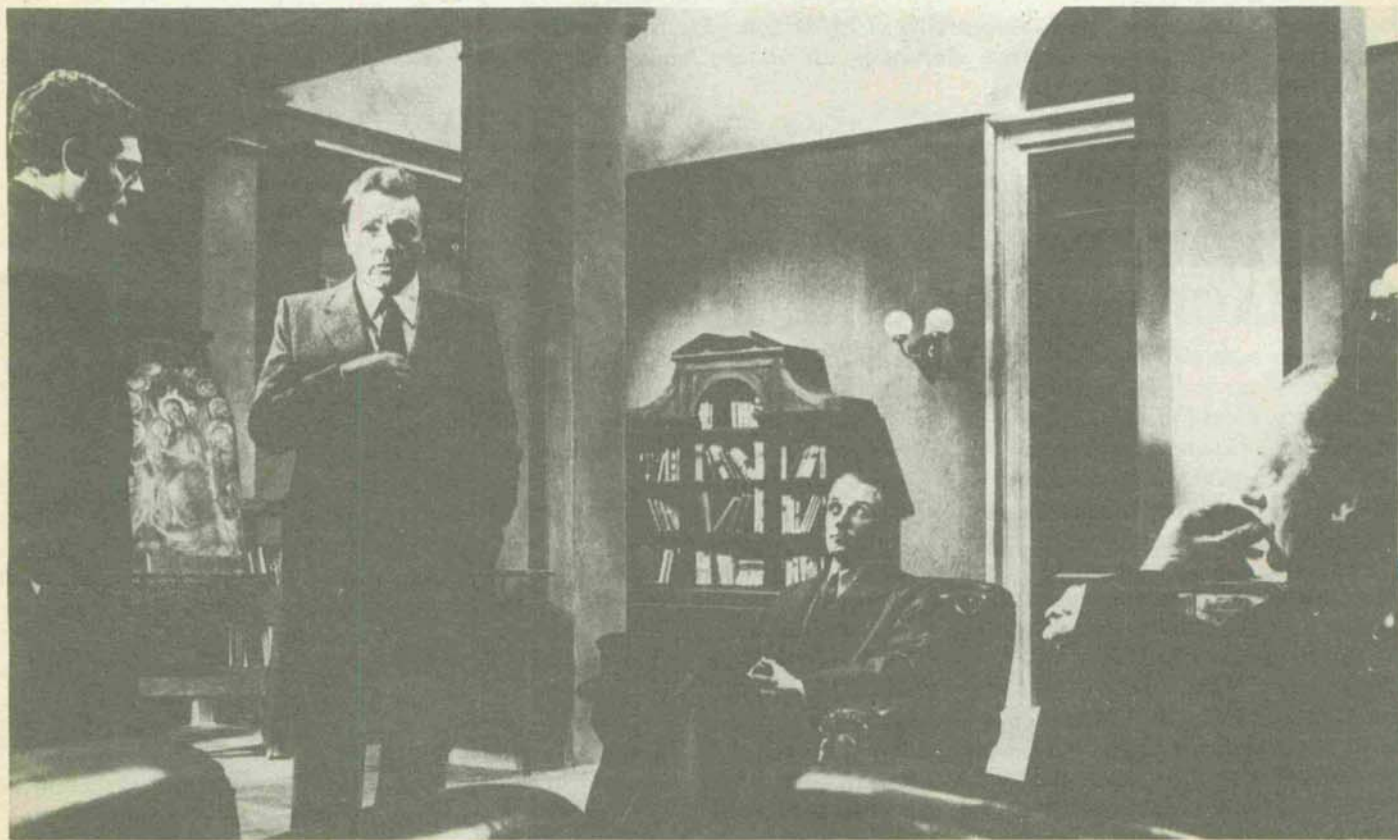
Pero esa «otra cosa» resulta que es nada más y nada menos —y perdón por la formulación grandilocuente— que la Historia, la Historia contemporánea de «sangre, sudor y lágrimas» en que el nazismo sumergió a Europa durante su política expansionista que culminaría en la II Guerra Mundial. Y, dentro de ella, uno de sus episodios más ver-

gonzosos sucedido en Roma el 24 de Marzo de 1944: el fusilamiento de 335 rehenes italianos (resistentes, judíos, hombres de izquierda) como venganza al atentado contra una Compañía del «Sudtiroler Ordnungsdienst» cometido en la romana Via Rasella el mediodía anterior, y que arrojó una cifra de treinta y tres soldados alemanes muertos. Las autoridades nazis de ocupación estuvieron dudando sobre la represalia que más ferozmente castigase al pueblo de Roma. El general Maelzer —comandante en jefe de la ciudad— sostuvo la idea de dinamitar el barrio entero donde se había cometido el atentado. Hitler opuso a ello otra idea no menos despiadada: el asesinato de diez rehenes por cada soldado germano fallecido. De las cárceles (sin haber sido sometidos la mayoría de ellos a ningún tipo de juicio) fueron sacados los resistentes y los detenidos por ser sospechosos de pertenecer a alguna organización de iz-

quierda; de sus propias casas, los judíos que completarían la fatal lista ordenada por Hitler. En su confección intervinieron tanto las fuerzas policíacas alemanas como las fascistas italianas, al mando estas últimas del comisario Caruso, de siniestra memoria (y al que «Muerte en Roma» parece querer exculpar de parte de su responsabilidad criminal en el hecho, mostrándole como un hombre débil dominado por los nazis, cuando en realidad era su más entusiasta y eficaz colaborador. Cosas como ésta suelen pasar con los personajes «negativos» de la misma nacionalidad del país en que se produce la película en un ejemplo de torpe chauvinismo). El amanecer del día 24 veía el fin del cumplimiento de la sentencia, comenzada nada menos que en la tarde anterior. El método, disparos en la nuca, sobre un número de personas que incluso superaba en cinco seres humanos al exigido por Hitler. El lugar, las Fosas Ardea-

tin, unas galerías excavadas en las afueras de Roma que posteriormente serían dinamitadas para no dejar rastro de la masacre. Los cuerpos —incluso de niños y ancianos— desaparecieron tras los bloques de piedra como una pesadilla macabra.

Eso fue el nazismo para la Historia de Europa, y hechos como éste bastan para atestiguarlo. El film de Pan Cosmatos lo recoge con fidelidad en sus partes esenciales, en aquellas secuencias de tipo casi documental que reconstruyen los sucesos. Poco importa —ante la fuerza de su testimonio— que la película se pierda en ocasiones por vericuetos de escasa fortuna. Cuando, a su término, el espectador contempla la lista de quienes fueron asesinados en las Fosas Ardeatinas, la impresión ante cómo puede dispararse la barbarie domina todo su cuerpo. Y se ve obligado a reflexionar. Y a analizar. E incluso, quizá, a tomar partido. ■ **FERNANDO LARA.**



Frente a los treinta y tres soldados nazis muertos, Hitler exigió el fusilamiento de un número diez veces mayor de rehenes, que fueron ajusticiados a la salida de Roma, en las Fosas Ardeatinas. El coronel Kappler —interpretado en el film por Richard Burton (de frente, a la izquierda)— fue el encargado de dirigir la siniestra operación.